

oyentes, ni que salgan diciendo (1): *Numquam sic locutus est homo?* ¿Habeis visto qué de cosas trajo, y qué bien las dijo? Sino la compuncion y lágrimas de los oyentes, y la enmienda y mudanza de la vida; y en esto está el talento de predicar, en que Dios tome á uno por instrumento para mover los corazones de los oyentes, y que mediante sus palabras queden los hombres desengañados, y caigan en la cuenta de su mala vida pasada, y se arrepientan y vuelvan á Dios de corazón. Decia el Padre maestro Ávila: Predicar no es estar razonando allí una hora de Dios, sino que venga el otro hecho un demonio, y salga hecho un Ángel, en eso está el talento de predicar. Y otro gran siervo de Dios decia, que cuando salen los oyentes del sermón cabizbajos, que no se habla, ni aun se mira el uno al otro, entonces ha sido bueno y provechoso el sermón; porque aquello es señal que cada uno lleva recaudo para sí.

En la vida de nuestro Padre san Francisco de Borja (2) se cuenta, que cuando predicaba en Vizcaya, la mas de la gente no percibia lo que decia, así por ser mucha la gente, y no poderse acercar al púlpito, como porque no entendian la lengua castellana; pero era cosa maravillosa ver la atencion con que todos le oian, y las lágrimas que

(1) Joan. VII, 46.

(2) Lib. 2, cap. 1 de la vida de nuestro Padre san Francisco de Borja.

derramaban. Preguntados algunos qué era la causa por que lloraban en el sermón, pues no le entendian, respondian, que por ver un duque santo, y porque dentro de sus almas sentian unas voces é inspiraciones de Dios que les significaban y daban á entender lo que el predicador desde el púlpito les estaba predicando. Otra vez (1) en Portugal, queriendo el Infante Cardenal (que despues fue rey de Portugal) que predicase mi Padre san Francisco, y diciéndole que estaba cansado, porque habia venido de camino, respondió el Cardenal: No quiero que predique, sino que suba al púlpito, y que vean al que dejó cuanto tenia por Dios. Eso es lo que predica, y lo que hace fruto en las almas, mas que las palabras, el ejemplo y santidad de la vida; y así esto es lo que nosotros habemos de procurar, y en lo que principalmente habemos de insistir, para que Dios nos tome por instrumento para la conversion de las almas, así los predicadores, como los confesores, y todos los demás que tratan con prójimos.

## CAPÍTULO IX.

*Del segundo medio para ayudar á los prójimos, que es la oracion.*

El segundo medio que pone nuestro santo Padre para ayudar á los prójimos es la oracion: *Juatur*

(1) Lib. 2, cap. 21.

*etiam proximus*, dice (1), *sanctis desideris, et orationibus*: como este negocio de ganar y convertir almas es sobrenatural, mas se alcanza y hace en él con oraciones, lágrimas y gemidos, que con palabras y voces. Mas hizo la oracion de Moisés, y mas parte fue para alcanzar victoria contra Amalec, que todas las lanzas y espadas de los que peleaban. Mientras Moisés (2) tenia levantadas las manos, vencía el pueblo de Israel, y cuando las bajaba era vencido, y fue menester que dos le sustentasen las manos, uno de un lado y otro de otro, para que siempre estuviesen levantadas, y así alcanzaron victoria. Este era el modo con que el pueblo de Dios vencía á sus enemigos; y eso es lo que los madianitas, viendo las victorias grandes de los hijos de Israel, temiendo, dijeron (3): *Ita delebit hic populus omnes, qui in nostris finibus commorantur, quomodo solet bos herbas usque ad radices carpere*: Como el buey con la boca paca las yerbas hasta la raíz; así este pueblo nos ha de destruir á nosotros con la boca, que es con oraciones: así declaran este lugar san Agustin y Orígenes (4). Pues si la victoria de la guerra (para la cual parece que tienen alguna

proporción nuestras fuerzas y poder humano) la da Dios por oraciones, ¿qué será la victoria de los enemigos espirituales y la conversion de las almas, donde nuestros medios, fuerzas é industrias quedan tan cortas y tan atrás, que ninguna proporción tienen con tan alto fin? Con oraciones y con gemidos habemos de tratar con Dios este negocio. Estas son las que han de aplacar á Dios, y alcanzar el perdón y la conversion.

San Agustin (1) va declarando y ponderando muy bien el valor y eficacia de este medio sobre aquellas palabras que dijo Dios á Moisés: *Dimitte me, ut irascatur furor meus contra eos, et deleam eos*. Cuando los hijos de Israel adoraron el becerro, quería Dios destruirlos: Moisés pónese á rogar á Dios por ellos, diciendo: ¿Por qué, Señor, quereis castigar á vuestro pueblo, al cual sacásteis de Egipto con mano fuerte y poderosa? Mirad, Señor, que dirán los egipcios que para eso los sacásteis á estos montes y desiertos, para cogerlos, como dicen, en escampado, y asolarlos allí del todo: acordaos, Señor, de Abraham, Isaac y Jacob, vuestros siervos, á los cuales prometisteis y jurásteis que habíais de multiplicar su generacion como las estrellas del cielo, y darles la tierra de promision. Respondióle Dios: *Dimitte*

(1) Part. 7 Constit. cap. 4.

(2) Exod. XVII, 12.

(3) Num. XXII, 4.

(4) August. serm. 93 de temp. Origin. homil. 13 super Num.

(1) August. q. 149 sup. Exod. XXXII, 10.

me: Déjame, que los quiero destruir y asolar. ¿Qué es esto, Señor, para qué decís: Déjame? ¿Quién os tiene ó puede tener á Vos? ¿Quién os puede atar las manos? *Voluntati enim ejus quis resistit* (1)? ¿Cómo decís: Déjame? Ahí veréis, dice san Agustín, la fuerza de la oracion, y lo que puede y vale con Dios. Eso nos quiso dar á entender en aquella palabra, *déjame*: la cual no es palabra de mando; porque si fuera mandamiento, mal hiciera el siervo de no obedecer; ni es palabra de quien pide ó ruega, porque no habia de decir Dios eso á su siervo, sino quísonos dar á entender que las oraciones de los justos son bastantes para resistir á la ira de Dios. Lo mismo dice san Jerónimo sobre aquellas palabras de Jeremías, VII, v. 16: *Tu ergo noli orare pro populo hoc, nec assumes pro eis laudem, et orationem, et non obsistas mihi*: Mira que quiero castigar este pueblo; por eso no me ruegues por él, ni me hagas resistencias. Dice allí san Jerónimo: *Ostendit, quod Sanctorum preces Dei iræ possunt resistere*: Danos á entender en estas palabras, que las oraciones de los Santos pueden resistir á la ira de Dios; y dícelo claramente el profeta David, Psalm. CV, v. 23: *Et dixit, ut disperderet eos, si non Moyses electus ejus stetisset in confractioe in conspectu ejus, ut averteret iram ejus, ne disperderet eos*: queria Dios

(1) Rom. XIX.

destruir á su pueblo, y al romper de su ira, resistió Moisés á Dios con la oracion: púsosele delante, y detuvo el brazo de Dios que queria descargar el golpe: *Placatusque est Dominus, ne faceret malum, quod loquutus fuerat adversus populum suum* (1).

Lo mismo aconteció en aquella sedicion y murmuracion que se levantó en el pueblo de Israel contra Moisés y Aaron sobre la muerte de Coré, Datan, Abiron y sus secuaces, diciendo que ellos habian sido causa de ella. Enojóse Dios con el pueblo, y quiso destruir, y ya pasaban los muertos de catorce mil; y púsose luego Aaron á rogar á Dios por el pueblo, y á ofrecer incienso por él: *Et plaga cessavit* (1): y cesó la plaga; y por esto el Sábio, XIX, v. 20, llama á la oracion escudo: *Sed non diu permansit ira tua. Properans enim homo sine querela deprecari pro populis, proferens servitutis suæ scutum orationem, et per incensum deprecationem allegans, restitit iræ, et finem imposuit necessitati*: Pero no duró mucho, Señor, vuestra ira; porque luego se puso delante vuestro siervo, y peleó por el pueblo. Otra letra dice: *Propugnavit pro populis*: porque orar es pelear; pues echó mano Aaron del escudo de la oracion, y con él resistió á la ira de Dios, y cesó luego la matanza. ¡Oh qué buen escudo, dice san Ambro-

(1) Exod. XXXII, 14.

(2) Num. XV, 48.

sio (1), con el cual se rechazan todos los golpes del enemigo: *Bonum scutum oratio, quo omnia adversarii ignita spicula repelluntur*.

Y lo que mas es, que se huelga Dios mucho que le vamos á la mano en el castigo, y que haya quien se ponga de por medio para estorbarlo; así como un padre piadoso, aunque amenaza á su hijo, no querría castigarle, sino que se pusiese alguno de por medio que le estorbese, y algunas veces tiene prevenidos á algunos amigos ó conocidos que le vayan á la mano, así Dios, que es mas que padre y mas que madre, es tanto el amor que nos tiene al fin como á hijos, y como á hijos que tanto le costamos, pues le costamos su sangre y su vida, que no querría llegar á las manos; y así gustaria que alguno de sus amigos se le pusiese delante, y los anda á buscar, y lo siente mucho, y se queja cuando no hay quien le vaya á la mano: *Et quæsi de eis virum, qui interponeret sepem, et staret oppositus contra me pro terra, ne dissiparem eam, et non inveni*, dice por el profeta Ezequiel, c. XXII, v. 30: Busqué quien se pusiese delante, y me fuese á la mano, y no le hallé: no hubo quien me saliese al encuentro, ni quien se opusiese como muro para resistirme: *Non ascendistis ex adverso, neque opposuistis murum pro domo Israel*. Dice allí san Jeró-

(1) Ambros. in orat. funebr. de obitu Valentiniani Imper. tom. 5.

nimo (1), así como el muro defiende del enemigo, y así como le suelen salir al encuentro para resistirle: *Ita Dei sententia Sanctorum precibus frangitur*; así las oraciones de los justos resisten á la sentencia de Dios, porque condesciende su Majestad con ellos. Y el profeta Isaías, LXIV, v. 7, se queja tambien mucho de esto: *Non est qui invocet nomen tuum, qui consurgat, et teneat te?* ¡Ah, Señor, que ya no hay, como haber solia, quien invoque vuestro santo nombre, ni quien se levante, y os vaya á la mano y os detenga! Ya no hay un Jacob que luche con Dios, y se tome á brazo partido con él: *Non dimittam te, nisi benedixeris mihi* (2); que lo está Dios deseando. Bien se declara en esto la fuerza y eficacia de las oraciones de los justos y amigos de Dios; pues son poderosos para detener su brazo y resistir á su ira. De aquí quedará mas entendido y confirmado lo que decíamos en el capítulo pasado, cuánto importa para ayudar á los prójimos ser nosotros santos y muy amigos de Dios, y con cuánta razon dijimos que la buena y santa vida era el principal medio para eso; porque el que ha de ser medianero para hacer algunas amistades ó preces importa mucho que sea grato á aquel con quien ha de ser medianero; porque sino, antes provocará á ira é indignacion que á perdonar.

(1) Ezech. XIII, 5.

(2) Genes. XXXII, 20.

Aprovecha tanto para el bien de los prójimos la buena y santa vida, que aunque no hiciésemos otra oracion ni otra cosa alguna en servicio suyo sino procurar ser nosotros muy buenos y muy santos, eso solo les aprovecharia y les valdria mucho á ellos. Es maravillosa historia para esto la que cuenta la sagrada Escritura en el Génesis, xviii, v. 20. Quería Dios destruir aquellas ciudades de Sodoma y Gomorra por sus grandes pecados, y pónese Abraham delante de Dios, y dícele: *Numquid perdes justum cum impio?* ¿Por ventura, Señor, habeis de destruir los buenos juntamente con los malos? No parece eso conforme á vuestra clemencia. Si hubiere cincuenta justos en la ciudad, ¿no perdonaréis al pueblo por amor de aquellos? Dice el Señor: Sí por cierto, si hallare cincuenta justos, yo les perdonaré á todos por amor de ellos. Torna Abraham: Ya que comencé, hablaré á mi Señor, aunque soy polvo y ceniza. Y si hay algunos menos, si hay cinco menos, ¿no los perdonaréis á todos por cuarenta y cinco justos que haya? Sí, dice Dios, si se hallaren cuarenta y cinco justos yo los perdonaré á todos por ellos. Torna Abraham: ¿Y si hay solos cuarenta justos? Yo los perdonaré á todos por ellos. Señor, no os enojeis si tornare á hablar: ¿Y si no se hallaren mas de treinta justos, no los perdonaréis á todos por amor de los treinta? Es de notar que al principio iba bajando muy

poco á poco, solamente de cinco en cinco; y con el favor y merced que sentia cobró ánimo para ir bajando de diez en diez; de cuarenta baja á treinta. Dícele el Señor: Si se hallaren treinta justos, por amor de ellos les perdonaré á todos. Ya que he comenzado, dadme, Señor, licencia para hablar: ¿Y si no se hallaren mas de veinte justos? En buena hora, por amor de ellos yo los perdonaré. Suplícios, Señor, que no os enojeis. Esta palabra no mas: ¿Y si se hallaren diez justos? Sea así, yo me contento con esos, dice el Señor: si se hallaren diez justos entre ellos yo los perdonaré á todos por amor de diez justos. No se hallaron, y así destruyó Dios aquellas cinco ciudades. De donde se ve bien de cuánta utilidad y provecho es para otros la buena y santa vida de los justos. ¡Cuánto les valiera á aquellos haber siquiera diez justos entre ellos!

Otra vez, queriendo Dios castigar á Jerusalem y entregar el reino de Judea á los caldeos para que lo destruyesen y saqueasen, y los pasasen todos á cuchillo por los grandes pecados que habian cometido contra su divina Majestad, dice primero por Jeremías, v, v. 1: Andad con diligencia por las calles y plazas de Jerusalem, y mirad é inquirid muy bien si hallais un varon justo que haga juicio recto de sí mismo, y sea muy fiel y verdadero para con su Dios y para con su

prójimo; y si lo hallais, por respeto suyo perdonaré á la ciudad y al reino, y alzaré el castigo y ruina que le tengo amenazada. Exclama con gran razon san Jerónimo sobre este paso, diciendo: Mirad cuánto estima Dios un varon justo; pues no solamente por diez justos que se hallen en la ciudad, como antes habia dicho á Abraham, sino por solo uno que se halle en medio de innumerables pecadores, dice que les perdonará á todos, y suspenderá el castigo que merecen. Grande es el amor que tiene Dios á la virtud del varon justo, pues por su respeto sufre y perdona á tantos pecadores. Mucho se han de estimar los buenos en una comunidad y en una república, y grande es el bien que la hacen, aunque no hagan otra cosa sino tratar de ser buenos y virtuosos; y así esta es una de las razones que traen los teólogos y los Santos para probar que el pueblo debe el sustento á los religiosos, aunque no hagan ministerio ninguno con los prójimos, sino que se estén recogidos sin salir de su rincon y de su celda; porque desde allí hacen grandísimo bien al pueblo. Por esos pocos buenos sufre Dios tantos malos en el mundo, lo cual se confirma con aquella parábola del Evangelio, que por conservar el trigo dejó el señor de arrancar la zizaña (1): *Ne forte colligentes zizania, eradicetis simul cum eis, et*

*triticum: sinite utraque crescere usque ad messem.*

Y débese ponderar mucho á este propósito, que nota luego allí la sagrada Escritura (1): *Cum enim subverteret Deus civitates regionis illius, recordatus Abraham liberavit Lot de subversione urbium, in quibus habitaverat*: Cuando Dios quiso destruir y abrasar aquellas ciudades de Sodoma y Gomorra, dice que se acordó de su amigo Abraham, y por amor de él libró á Lot, que era sobrino suyo. Es de notar que no se dice allí que Abraham rogase á Dios por Lot; sino por ser Abraham tan amigo de Dios miró por sus cosas y por todo lo que le tocaba; y tuvo tanta cuenta de mirar por Lot su sobrino y librarle, que dándole Dios priesa para que saliese de allí y se salvase en una pequeña ciudad que estaba allí cerca, le dice (2): *Festina, et salvare ibi: quia non potero facere quidquam, donec ingrediaris illuc*: Date priesa; porque no podré hacer nada hasta que tú te pongas en salvo. ¡Oh entrañas! ¡oh bondad y misericordia infinita! Que no podré hacer nada, dice, hasta que tú te pongas en salvo. Mira la cuenta que tiene Dios con un justo, y lo que dice y hace por su respeto. Pues procurad vos de ser muy justo y muy amigo de Dios, y tratar muy de veras de perfeccion, y estad cierto que Dios mirará por todas vuestras co-

(1) Genes. XIX, 29.

(2) Ibid. 22.

(1) Matth. XIII, 29.

sas, y se acordará de vuestros padres, y de vuestros parientes y amigos, y de todo lo que os tocara, y tanto mas, cuanto mas os descuidáreis y olvidáreis de esto, por cuidar de vos y daros mas á Dios, aunque en particular no se lo pidais; porque mas piden y claman á Dios las obras que las palabras. Si la maldad del malo dice la sagrada Escritura (1) que clama y da voces á Dios pidiendo venganza: *Vox sanguinis fratris tui clamat ad me de terra*; mas clamará la virtud y la bondad, y mayores voces dará para alcanzar misericordia delante de aquel que es tan amigo de hacer bien, y cuyo es propio siempre perdonar y tener misericordia. Esta es muy buena manera de negociar con Dios y de hacer bien á parientes y amigos.

## CAPÍTULO X.

*Del tercer medio para aprovechar á los prójimos, que es el celo de las almas.*

*Zelus domus tuæ comedit me, et opprobria exprobrantium tibi ceciderunt super me*: El celo de vuestra casa, Señor, y de vuestra honra y gloria consume y abrasa mis entrañas, dice el real profeta David, Psalm. LXVIII, v. 20, y las injurias y ofensas que os hacen á Vos todas caen sobre mí, y las to-

(1) Genes. iv, 10.

mo yo por mas que propias. Este es otro medio y muy principal para ayudar á los prójimos, y le pone nuestro santo Padre (1) entre los demás medios que ayudan para la conservacion y aumento de la Compañía, y para conseguir el fin espiritual para que fue instituida, que es el ayudar á las almas. Uno de ellos, dice, es: *Zelus sincerus animarum ad gloriam ejus, qui eas creavit, ac redemit, quovis alio emolumento posthabito*: El celo sincero de las almas para gloria del que las crió y redimió sin tener cuenta con otro algun interés. El bienaventurado san Agustin en el libro ó exhortacion que hace á un conde (2) dice: *O mi frater, numquid ferreae sunt carnes nostrae, ut non contremiscant? Vel etiam sensus noster adamantinus, ut non mollescat? Aut etiam minime evigilet ad illa Dei verba: Ite, maledicti, in ignem æternum?* ¡Oh hermano mio, ¿por ventura vuestras carnes son de hierro, que no tiemblen? ¿Ó nuestro corazon es de diamante, que no se ablande? ¿Ó siquiera se dispierte con tales palabras, cuales dirá Cristo nuestro Redentor á los malos el dia del juicio: Id, malditos de mi Padre, al fuego eterno que os está aparejado desde el principio del mundo para siempre jamás? *Quare non dicimus cum Jeremia propheta: Quis dabit capiti*

(1) Part. 10 Const. § 2.

(2) August. lib. seu exhortatione de Salut. ac monitis ad quemdam Comitem, cap. 55.

*meo aquam, et oculis meis fontem lacrymarum; et plorabo die, ac nocte interfectos filia populi mei?* ¿Por qué no decimos con el profeta Jeremías, ix, v. 1 (1). Quién dará agua á mi cabeza, y á mis ojos fuentes de lágrimas para llorar de dia y de noche los muertos de mi pueblo? Desfallecen llorando los que consideran las muertes, no de los muertos, sino de las almas de sus hermanos. ¿Qué llanto mas bien empleado que sentir y llorar con el apóstol san Pablo (2) la perdicion de las almas? *Quis infirmatur, et ego non infirmor?* Aprendamos del Apóstol, dice el glorioso san Agustin, tener este celo y deseo grande de la salvacion de las almas; pues que el mismo Dios las amó tanto, que no perdonó á su único Hijo, sino que le entregó á la muerte por ellas: *Qui etiam proprio Filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum* (3). Por todos dice: por eso no menospreciemos la salvacion de ninguno, pues cada uno costó á Dios su sangre y su vida.

Este celo de las almas, ó por mejor decir, de la honra y gloria divina, es un fuego de amor de Dios, es un deseo tan encendido y abrasado de que todos amasen, honrasen y sirviesen mucho á Dios, que el que le tiene, á todos querria pegar este

(1) Matth. xxv, 41.

(2) II Cor. xi, 29.

(3) Rom. viii, 31.

deseo y este fuego, y cuanto es en sí lo procura; y cuando ve que Dios es ofendido é injuriado, y no lo puede remediar, gime y llora, y aquel fuego le está allá carcomiendo, y deshaciendo y abrasando las entrañas. Tal era el celo que tenían aquellos santos y amigos grandes de Dios. Un Jeremías, xx, v. 4: *Et factus est in corde meo quasi ignis exarsuans, claususque in ossibus meis, et defeci, ferre non sustinens; audivi enim contumelias multorum, et terrorem in circuitu*: Tenia, dice, allá en el corazon y en los huesos un fuego que me consumia y abrasaba viendo las ofensas hechas contra la Majestad divina, y no lo podia sufrir. Un Elías: *Zelo zelatus sum pro Domino Deo exercituum; quia dereliquerunt pactum tuum filii Israel*. Y el real profeta David (1) está lleno de esto: *Defectio tenuit me pro peccatoribus dereliquentibus legem tuam. Et tabescere me fecit zelus meus; quia obliti sunt verba tua inimici mei*. Era tan grande la pena y afliccion que sentian aquellos santos de ver que tan á rienda suelta quebrantaban los pecadores la ley de Dios, que el dolor del ánima enflaquecia el cuerpo, y les corrompia y podria la sangre, y daba muestras de sí en todo el hombre exterior: *Vidi prævaricantes, et tabescebam; quia eloquia tua non custodierunt*. Abrasábase y consu-

(1) Psalm. cxviii, 53, 139, 158.

míase tanto el profeta David con este fuego, que se iba resolviendo y destilando en lágrimas: *Exitus aquarum deduxerunt oculi mei; quia non custodierunt legem tuam; id est, propter illos, qui non custodiunt legem tuam.* Así, dice otra traslación, como cuando ponen fuego á una alquitara, así se resolvía en lágrimas, viendo las ofensas cometidas contra la majestad de Dios. Pues este celo de la honra de Dios habemos de tener nosotros, y este ha de ser el mayor de nuestros cuidados, ver prosperada y adelantada la honra de Dios, y ver santificado y glorificado su nombre, y que se haga su santísima voluntad, así en la tierra como se hace en el cielo; y el mayor de nuestros dolores ha de ser ver que esto no se hace así, sino muy al revés. Esto dice el glorioso san Agustín (1) que es tener celo de la honra de Dios: *Zelo domus Dei comeditur, qui omnia perversa, quæ videt, cupit emendare, et si emendare non potest, tolerat, et gemit:* Aquel se abrasa y consume con celo de la honra de Dios, que desea y procura remediar todos los males que ve; y cuando no los puede remediar, gime y llora, como lo hacia Samuel por Saul (2): *Verumtamen lugebat Samuel Saulem; quoniam Dominum penitebat, quod constituisset eum Regem super Israel.*

Este celo de la honra y gloria de Dios y de la salvacion de las

(1) August. super Joan.

(2) I Reg. xv, 35.

almas es una de las cosas que mas agradan á Dios de cuantas podemos hacer en su servicio, ó la que mas. Así lo dice san Gregorio (1): *Nullum quippe omnipotenti Deo tale est sacrificium, quale est zelus animarum.* Lo mismo dice san Juan Crisóstomo y otros muchos Santos. No hay cosa, dicen, que así agrade á Dios como el celo de la salvacion de las almas; y la razon de esto es, porque no hay cosa que mas agrade á Dios que la caridad, porque esa es la mayor de las virtudes, como dice san Pablo (2): *Majorem autem horum est caritas,* y en ella consiste la perfeccion; y así la llama: *Vinculum perfectionis.* Pues este celo es un grande y excelente amor de Dios; porque no se contenta el que le tiene con amar y servir él á Dios cuanto puede, sino desea que todos se empleen en amarle y servirle, y que sea su santo nombre conocido, reverenciado, glorificado y ensalzado de todos, y se extienda y amplie el reino de Dios, y ese es todo su contento y regocijo; y las ofensas y pecados que se hacen contra Dios le llegan al alma. Así como el buen hijo que ama mucho á su padre desea mucho su honra y acrecentamiento, y todo su contento es ver honrado y ensalzado á su padre; y las injurias

(1) Gregorius, homil. 12 super Ezech.; D. Chrysost. homil. 76: Nullum officium est Deo charius; Richar. sup. Cantic. LXI: Nihil sic Deo placet, sicut zelus, et lucrum animarum.

(2) I Cor. XIII, 13; Colos. III, 14.

y ofensas que le hacen las siente él como propias y mas que propias; así el que tiene este celo de la honra de Dios es tan grande el amor que tiene á este Señor, y tan fervoroso el deseo de que su divina Majestad sea alabado y honrado de todos, que ese es todo su contento y regocijo: y su mayor pena y dolor es ver el olvido tan grande que hay de Dios en la tierra, y las ofensas é injurias que se le hacen; y así este es un acto grande y excelente de amor de Dios.

Es tambien muy grande y muy excelente acto de amor de los prójimos; porque así como el amor de Dios se muestra en holgarnos de su mayor honra y gloria, y en sentir las ofensas que se hacen contra él; así tambien el amor verdadero del prójimo se muestra en holgarnos de su bien y en pesarnos de sus verdaderos males, que son los pecados, y en procurar de estorbarlos cuanto pudiéremos. Y así dicen los Santos: Quien quiere examinar si tiene amor á los prójimos, mire si llora en las culpas de ellos, y si se alegra en sus gracias y aprovechamiento. Esa es la prueba del verdadero amor de vuestro hermano, que os holgueis tanto de su bien como del propio vuestro, y sintais tanto su trabajo y su mal como si fuera propio vuestro; eso es amar al prójimo como á sí mismo, como lo hacia san Pablo cuando decia (1): *Quis*

(1) II Cor. XI, 29.

*infirmatur, et ego non infirmor? Quis scandalizatur, et ego non uror?* Dice allí la Glosa: *Quis infirmatur in fide, vel in aliqua virtute, et ego non infirmor? Id est, non doleo de eo sicut de me ipso? Quis scandalizatur in aliqua molestia, et ego non uror in igne compassionis?* ¿Quién cae en algun pecado que no me llegue á mí al alma? ¿Quién recibe molestia alguna que yo no me compadezca de él como si fuera propia? Esto agrada tanto á Dios, que dice san Juan Crisóstomo: Aunque hagais grandes penitencias, aunque ayuneis toda la vida y durmais en el suelo, aunque deis toda vuestra hacienda á los pobres, no tiene que ver con este celo de la salvacion de las almas. Cuanto el ánima es mejor y mas preciosa que el cuerpo, tanto hacen mas los que tratan de ayudar y remediar las almas, confesando, predicando, aconsejando, y con otras obras de misericordia espirituales, que los que tratan de remediar los cuerpos dando muchas limosnas de sus haciendas. ¿Qué contento estuviérais vos si hubiérais dado muchos millares de ducados de limosna? Pues mas es, y mas vale emplearlos en ayudar á la salvacion de las almas: y añade san Juan Crisóstomo (1), que es mas y de mayor estima delante de Dios el celo de las almas, que hacer milagros; porque muchas maravillas y milagros hizo Moisés al sacar el pue-

(1) Chrysost. homil. 99, et homil. 2 sup. Genes.

blo de Israel de Egipto; pero en todos esos no hubo cosa que se igualase con aquel celo y ferviente caridad con que intercediendo á Dios por el pueblo dijo (1): *Aut dimitte eis hanc noxam; aut si non facis, dele me de libro tuo, quem scripsisti*: Señor, ó perdonad al pueblo de este pecado, ó borradme á mí de vuestro libro. Esta dice el bienaventurado san Juan Crisóstomo que fue la mayor hazaña que hizo Moisés, con haber hecho tantas y tan maravillosas.

## CAPÍTULO XI.

*Cuán eficaz medio sea este celo para ayudar y aprovechar á los prójimos.*

Este celo es muy gran medio, y muy eficaz para ayudar y aprovechar á los prójimos: lo primero, porque es un fuego, como habemos dicho: así como el fuego es muy activo y procura convertir todas las cosas en sí, así lo hace si está dispuesta la materia, y sino él la va disponiendo para ello; así si arde en nosotros este fuego y celo de amor de Dios, luego le pegaremos á los otros, y los abrasaremos en amor de Dios, y los convertiremos en nosotros, haciendo que sean tales como nosotros somos, como decia san Pablo (2): *Opto omnes, qui audiunt,*

(1) Exod. xxxii, 32.

(2) Act. xxvi, 29.

*fieri tales, qualis et ego sum*. Deseo que todos seais como yo soy; y mientras no son tales, los iremos disponiendo para que lo sean. No está ociosa la caridad; porque es un fuego que nunca está quedo, sino siempre bullendo: siempre obra grandes cosas la caridad, dice san Gregorio: *Charitas magna operatur, si est; si autem non operatur, magna non est*; y si no hay estas obras, ó no habrá caridad, ó á lo menos no será grande.

Lo segundo, es este celo muy principal medio para ayudar á los prójimos; porque de aquí nace el aplicarse uno mucho á sus ministerios, y de andar siempre deseando y buscando en qué emplearse en ayuda de los prójimos, y que no sea menester llevarnos á eso por fuerza, que nos habíamos de avergonzar de esto, sino que nos hallen siempre á punto, y que antes nosotros deseemos hacer mucho mas de lo que se ofrece: y en esto va mucho; porque bien se ve que cuando hacemos una cosa con gran deseo, hacemos doblado; y así importa mucho tener este celo, porque con él andamos vivos, y sin él muertos.

Lo tercero, de aquí nace el buscar medios para ayudar á los prójimos, y aun el hallarlos tambien; porque la buena gana es buena inventora y halladora de medios para conseguir lo que desea. Dice san Buenaventura (1): *Ubi autem talis inest affectus, illic*

(1) Bonav. proces. 5 Relig. cap. 17.

*necessario non deerit subventionis effectus, quantum patitur opportunitas*. No hayais miedo que le falte que hacer en provecho de los prójimos al que tuviere este celo, ni medios para hacerlo. Si no tuviere que hacer en casa, él lo irá á buscar fuera; y si no lo hallare donde lo buscaba, él irá al hospital y á la cárcel, en donde lo hallará. Siempre tendrán que hacer los operarios que tuvieren este celo; por eso los llama la Escritura unas veces cazadores: *Ecce ego mittam ei multos venatores*, dice Dios por Jeremías, xvi, v. 16, *et venabuntur eos de omni monte, et de omni colle, et de cavernis petrarum*. Yo les enviaré muchos cazadores que saquen la caza de los agujeros y vivares: otras veces los llama pescadores; porque no aguarda el pescador que se le vengán los peces á las manos, sino él los va á buscar, y los arma con diversas maneras de ingenio, y con cebos particulares y exquisitos: y pues el demonio es tan diligente para perder las almas, razon será que nosotros lo seamos para ganarlas.

Lo cuarto, cuando hay este celo todo se hace fácil, véncense todas las dificultades, ningun trabajo se pone delante. San Dionisio Areopagita (1) á este celo parece que atribuye el haber Cristo nuestro Redentor llevado con tanta constancia y fortaleza los

(1) Dionys. Areopag. cap. 4 de divin. nominibus.

trabajos de su pasión: dice que el coraje que tenia contra el pecado le ayudó en esta batalla; y trae para esto aquello del profeta Isaías, lxiii, v. 3 et 5: *Torcular calcavi solus, et de gentibus non est vir mecum: calcavi eos in furore meo, et conculcavi eos in ira mea, et indignatio mea ipsa auxiliata est mihi*. La ira é indignación que tenia con el pecado, esta dice que le ayudó.

Lo quinto, de este celo nace tambien la ferviente oración, que no se aparta de Dios hasta haber negociado, como leemos de muchos Santos, que se ponian de por medio entre Dios y el pueblo, y no cesaban ni descansaban hasta aplacar á Dios con su oración.

De nuestro bienaventurado Padre san Ignacio se cuenta en su vida, lib. 5, cap. 3, que estando un hombre en París miserablemente perdido por unos amores deshonestos de una mujer con quien vivia mal, como no pudiese por ninguna via desasirse de ellos, se fué un dia á esperarle fuera de la ciudad, y sabiendo que habia de pasar por junto á una laguna ó charco de agua, yendo á donde le llevaba su ciega y torpe afición, entróse san Ignacio dentro del agua frigidísima hasta los hombros, y viéndole desde allí pasar, le dijo á grandes voces: Anda, desventurado, anda, y véte á gozar de tus súcios deleites; ¿y no ves el golpe que viene sobre tí de la ira de Dios? ¿No te espanta el infier-